

Un corazón porteño': las cartas de Florencio Varela a Juan María Gutiérrez (1833-1842)?.

Crespo, Natalia y Gutiérrez, Juan María.

Cita:

Crespo, Natalia y Gutiérrez, Juan María (2018). *Un corazón porteño': las cartas de Florencio Varela a Juan María Gutiérrez (1833-1842)?.* e-ISSN: 2316-5847 - Landa, 6 (2), 199-219.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/natalia.crespo/47>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/p89S/gD5>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

“Un corazón porteño”: las cartas de Florencio Varela a Juan María Gutiérrez (1833-1842)

Natalia Crespo
Universidad de Buenos Aires / CONICET

Este artículo analiza la correspondencia entre Florencio Varela (Buenos Aires, 1807-Montevideo, 1848), intelectual proscripto durante la dictadura de Rosas, y su amigo, el crítico literario Juan María Gutiérrez (Buenos Aires, 1809- Buenos Aires, 1878). Estas 54 cartas privadas, aún poco exploradas por la crítica, permiten reconstruir la idiosincrasia y los modos de socialización y afecto entre los emigrados antirrosistas de la Generación del '37.

This article analyzes the correspondence between Florencio Varela (Buenos Aires, 1807-Montevideo, 1848), an intellectual exiled during Juan Manuel de Rosas dictatorship, and his friend, the literary critic Juan María Gutiérrez (Buenos Aires, 1809-Montevideo, 1878).

Through these 54 letters --never explored before as a corpus by academic studies-- certain aspects of idiosyncrasy, socialization and affection of *Generación del '37* can be understood.

Palabras clave: Florencio Varela, Juan María Gutiérrez, correspondencia, Generación del '37, Literatura Argentina del Siglo XIX.

Keywords: Florencio Varela, Juan María Gutiérrez, correspondence, Generation 1837, Nineteenth-Century Argentine Literature.

Para los intelectuales unitarios exiliados durante la dictadura de Juan Manuel de Rosas¹ (1829-1852), las cartas fueron importantes facilitadores de la vida a la distancia. Las mutuas ayudas –laborales, económicas, políticas pero también anímicas y artísticas–, la densa malla de alianzas, favores y proyectos que se gesta entre ellos durante el exilio no hubiese sido posible sin la epistolaridad. Asesoramientos técnicos para montar una imprenta, encargos de encuadernación o envío de libros, artículos, documentos, pedidos de cuidados a familiares,

¹ Muchos de “los proscriptos” –como los nombra Ricardo Rojas en su fundacional *Historia de la literatura argentina*– fueron emigrando en diversas oleadas a lo largo del período 1829-1852, a los países limítrofes y se desplazaron con frecuencia de un país a otro. Por Río de Janeiro pasaron José Mármol (que luego viaja a Valparaíso), Domingo Sarmiento (que luego pasa a Chile), y Teodoro Vilardebó, entre otros. Juan María Gutiérrez se halla primero en Buenos Aires, luego en Valparaíso y luego emigra a Montevideo, junto con Juan Thompson. En Montevideo residen, coincidiendo sólo algunos años: Florencio Varela (desde 1829 hasta 1848, con excepción del año y medio que pasa en Brasil y de un viaje a Europa en 1843), Luis Domínguez y Vicente Fidel López. Por Santiago pasan y residen: Juan Godoy, Juan Bautista Alberdi, Félix Frías (quien luego pasa a Bolivia), Vicente Fidel López.

recomendaciones políticas, consejos amorosos, creación de antologías fundacionales o de nuevos periódicos: para todo se espera ansiosamente el “paquete” (buque) que llega al puerto más cercano: en él vienen y van, a través de intermediarios (gente de confianza, como Mariano y Miguel Cané, en el caso de Florencio Varela) las ansiadas cartas. Puede tratarse de una o de un atado o “cajoncito” de cartas, casi siempre acompañada de objetos personales y/o manuscritos para publicar. Como el deseo de escritura no siempre se ciñe a la tiranía cansina del buque, entre un barco y otro tal vez se hayan escrito diez cartas al amigo lejano que luego se envían todas juntas, fechadas, y se espera que sean contestadas en orden, refiriendo en cada caso la fecha de la carta que se responde. Así, pueden generarse conversaciones simultáneas con un mismo interlocutor (si el autor mandó varias juntas) o bien malos entendidos (porque algunas se perdieron en el camino o porque el destinatario tardó en contestarlas): es tal la cantidad de eventualidades por las cuales estas “conversaciones a la distancia” pueden tornarse oblicuas que casi todas las cartas se abren con una aclaración de la situación de escritura.² A su vez, para aprovechar el paquete que está por zarpar, para maximizar y agilizar la comunicación, la carta puede estar dirigida a más de un destinatario o incluir fragmentos de diferentes autores y/o referencias a cartas u objetos adjuntos a cada carta.³ De hecho, hay amigos que han sido presentados epistolarmente.⁴ Esto –junto con el temor a que la carta sea

² Algunos ejemplos: “He tenido la mayor satisfacción en recibir la estimada de V. fcha. 27 del pdo. qe. esperaba con ansia” (carta 1, 4/3/1833, p. 157); “Recibí con muchísimo gusto la estimadísima carta de V. fcha del –pdo.” (carta 2, 1/4/1833, p. 158); “Después que recibí la estimable carta de V. fcha. el 14 del pasado” (carta 3, 6/5/1833, p. 160); “Recibí la apreciable de V. y los libros mui [sic] bien encuadernados” (carta 7, 8/10/1833, p. 165). Tanto en éstas como en las citas subsiguientes, respeto la ortografía y abreviaturas originales.

³ Veamos un ejemplo de los objetos que se acompañan con las cartas (o viceversa): “Queridísimo amigo: Con una suya, fecha en el mes de febrero pero sin que se acordase V. de decirme qué día, recibí la Constitución encuadernada y el estuche de matemáticas que tuvo la bondad de enviarme” (carta 11, 27/2/1834, p. 169). Estas cartas iban conformando una red social entre los emigrados: cada una podía hacer referencias a otras cartas escritas o recibidas entre el grupo de amigos. Por ejemplo, en la carta 12 (15/3/1834), se lee: “Empieza V. por preguntarme si recibí carta del buen Thompson, a esta fecha ya habrá V. salido de su curiosidad, pues debe haber recibido la que le escribí por el Águila en la que le hablaba de aquella carta” (p. 170). Parte de esta red de amigos consiste en que algunas cartas tenían más de un destinatario: “Queridísimo Juan María: Como mi tiempo es siempre escaso tengo que repartir mi carta entre V. y el estimable Thompson porque no puedo escribir a ambos separadamente” (carta 19, 21/8/1835, p. 186).

⁴ Este es el caso de Florencio Varela y el poeta Juan Thompson (uno de los hijos de María Mendeville, más conocida como Mariquita Sánchez de Thompson), presentados epistolarmente por Juan María Gutiérrez. Las cartas revelan la construcción discursiva del “joven Thompson” como el receptor de una serie de consejos que da Varela sobre la escritura de poemas (que, para él, debe ser clásica y no romántica) y sobre la elección del

interceptada por algún enemigo político, por un lado, o debido a la posibilidad de que parte de esta escritura se publique en la prensa⁵— hace que la privacidad de esta comunicación sea precaria, provisoria. Y a todas estas dificultades fácticas debemos sumar las constricciones del género: se trata de una escritura muy reglada.

En los intersticios de libertad que dejan las normas intratextuales y las dificultades logísticas, asoman el estilo de cada autor, sus temores, afectos y obsesiones: desde allí leemos este corpus hasta ahora muy poco explorado.⁶ Se trata de 54 cartas autógrafas que dirigió a lo largo de diez años el abogado, imprentero y periodista Florencio Varela (Buenos Aires, 1807-Montevideo, 1848), a su íntimo amigo, el poeta y crítico literario Juan María Gutiérrez.⁷ Veinte de estas 54 cartas fueron escritas en Rio de Janeiro durante un año y medio (desde la carta del 16.6.1841, hasta la fechada el 1.11.1842);⁸ las restantes 34 parten de Montevideo, a donde Varela se exilió en 1829 junto con sus seis hermanos,⁹ todos proscriptos por el rosismo.

castellano y no del francés como idioma de sus creaciones. Así, Thompson deviene una excusa o disparador para las indicaciones en torno a la lengua (cuestión nada menor entre los intelectuales de la década del '30). Algunos ejemplos: “Haga que Thompson se dedique a nuestros autores y a cultivar nuestra lengua, que busque lo sólido más que lo brillante” (carta 12, 15/3/1834, p. 171); “A ese estimable Thompson, que me quiera como yo le quiero, que trabaje mucho, que no tenga ocioso el jenio [sic], pero que trabaje en su lengua, en ese idioma robusto y sonoro con que Meléndez nos hizo amar más a Dios y Quintana puso pavor a los tiranos” (carta 13, 28/5/1834, p. 177); “A Thompson, que escriba, que escriba en castellano, que escriba versos tan buenos como el artículo del Diario de la Tarde” (carta 14, 1834, p. 181).

⁵ El temor a la intercepción del envío y a la posterior publicación en la prensa enemiga se ve en una de las cartas de Mariquita recopiladas por Vilaseca: “Ha llegado el paquete de Buenos Aires y sabemos que todas las cartas de aquí fueron quitadas por la Capitanía del puerto acompañada de la Mazorca. Las mías tuvieron igual suerte. Mi familia ha pasado más de ocho días en grande aflicción. Hay en la Gaceta algunas publicadas” (p. 380). Respecto de lo altamente pautado del género epistolar, véase “Los secretarios. Modelos y prácticas epistolares” (p. 308), en *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, de Roger Chartier.

⁶ Breves menciones o transcripción de fragmentos de algunas de estas cartas hallamos en: Weinberg (1958), Zanetti y Amante. Pero no hay —hasta donde sabemos— ningún estudio crítico sobre las cartas de Varela.

⁷ Las cartas se hallan dentro del *Archivo del Dr. Juan María Gutiérrez*, publicado por la Biblioteca del Congreso de la Nación (puntualmente, en los dos primeros tomos de los cinco que componen su *Epistolario*). No contamos, hasta ahora, con las respuestas de Gutiérrez a Varela.

⁸ Adriana Amante incluye a Florencio Varela dentro de los exiliados antirrosistas en Brasil (a pesar de que su estancia allí fue sólo de un año y medio frente a los diecisiete en Montevideo) y comenta: “con Varela vuelve a ponerse de manifiesto la posibilidad de seguir pensando la patria en el extranjero” (p. 40).

⁹ Los hombres de la familia Varela-Sanxínés (los hijos, pues el padre había fallecido), declaradamente antirrosistas, emigran a Montevideo en 1829, y se convierten en figuras protagónicas de lo que la historiografía dio en llamar “los primeros emigrados” o “los proscriptos unitarios” (Weinberg, 1985): Juan Cruz (el mayor, nacido en 1794, renombrado poeta de la época de la Revolución de Mayo y defensor de la gesta rivadaviana) y, bajo su tutela, Jacobo (n. 1796), José Evaristo (n. 1805, identificado como “Pepe” en las cartas de Florencio), José Florencio del Corazón de Jesús (n.1807, autor de las cartas que aquí abordamos), Ezequiel Nicolás del Corazón de Jesús (n. 1809), Rufino Antonio del Corazón de Jesús (n. 1812) y Toribio Melitón (n. 1814). La madre (María de la Encarnación Sanxínés Rodríguez de Vida, Buenos Aires 1773-Buenos Aires, 1860) y las cuatro hijas mujeres Varela Sanxínés (Juana María de los Dolores, la primogénita, nacida en 1793; María del Carmen

Son cartas del exilio político de un intelectual expatriado que ve, desde afuera, lo que él considera una cruenta dictadura que, año a año, va echando a perder los logros de la Revolución de Mayo. Constituyen la mitad de un epistolario (o, más precisamente, un fragmento de la mitad de un epistolario, pues no sabemos si los amigos se siguieron escribiendo luego de 1842 o si hubo cartas anteriores a 1833), y en dicha mitad presenciamos una paleta de sentimientos y necesidades, de críticas y proyectos.

¿De qué hablan estas cartas? Los temas recurrentes son: encargos bibliográficos (libros para comprar y/o encuadernar, artículos de prensa, apuntes de obras, poemas de los amigos), comentarios de textos recién leídos, noticias familiares y sociales, ideas políticas, miedos sobre la patria añorada, expresiones que recuerdan y refuerzan el afecto entre los amigos. Varela ama a sus hijos y a su esposa, odia Rosas, se apasiona con los documentos históricos de la época rivadaviana, se angustia con la dictadura que atraviesa su patria, se obsesiona con los detalles de encuadernaciones y de imprentas, se abate ante el calor brasileiro, se enoja con los jóvenes del *Salón Literario* (a los que halla pretensiosos y extranjerizantes), se emociona ante el afecto del amigo. Combatir el desamparo emocional y el aislamiento intelectual en que lo deja la proscripción, preparar el retorno a la patria cultivando obras sobre la Revolución parecen ser objetivos fundamentales a lo largo de esta escritura. En este sentido, coincidimos con Amante en que las cartas de los exiliados antirrosistas pueden ser pensadas “como un género de pasaje que, en las fronteras de la patria, recupera por la escritura el lugar simbólico de la reunión” (p. 56). Así, propone Amante, “[s]i el viaje es la educación sentimental de la mirada, el exilio es la politización del horizonte” (p. 56). Sin embargo, politización y exilio, en el caso de Varela, se exceden mutuamente: el joven –fuertemente influido por su hermano mayor, Juan Cruz (considerado el intelectual orgánico del rivadavianismo)– ya estaba politizado antes de emigrar y el drama de su proscripción abarcó todas las esferas de su vida,

Enriqueta, n.1804; María Paula de la Trinidad, n.1810; y María Natalia, n. 1816) permanecen en Buenos Aires.

no implicó sólo un afianzamiento de su politización.¹⁰ El interés de estas cartas no se limita a la politización de la mirada: lo más rico de ellas, creemos, es cómo permiten repensar y comprender mejor ciertas ideas muy afincadas en nuestra historiografía literaria en torno a la “polémica entre clásicos y románticos”. La separación en compartimentos estancos de lo estético, lo político, lo social, lo literario es más una necesidad de ordenamiento historiográfico, una facilidad didáctica posterior, que una realidad epistolar de sus protagonistas. La vida misma –o, al menos, su representación escrita, parecen decirnos estas cartas– transcurría con estos aspectos vitales en constante interdependencia, hilos trenzados y cohesionados gracias a los vínculos personales. Ni sus escritos, ni sus polémicas en la prensa, ni sus discursos públicos pueden pensarse por fuera del tejido afectivo que se trama en sus cartas (y esto, me aventuro, es común a toda la Generación del ’37). Quizás porque en épocas tan tumultuosas política, social y culturalmente –tras el exilio y el inevitable sentido de provisoriedad que lo sucede (al menos, durante los primeros años, y de esa provisoriedad dan cuenta estas cartas)–, el afecto (los vínculos en general que unían a estos jóvenes: la amistad, pero también a veces los celos y la rivalidad), era uno de los pocos elementos estables en sus vidas. En este sentido, mi lectura de estas cartas se nutre de la línea analítica propuesta por Ana Peluffo cuando busca “historizar los estados emocionales del pasado y sus complicados procesos de estetización” (p. 26). Como sugiere Peluffo, el siglo XIX “hasta ahora ha sido leído casi exclusivamente desde las ideologías de la civilización, la modernidad y el progreso” (p. 26), sin reparar en el componente emocional y afectivo como destabilizador de dichos pares

¹⁰ De hecho, hasta se podría pensar al revés: los años de exilio fueron convirtiendo el fervor de la lucha política en una postura menos combativa, pacifista, no exenta de melancolía y de sentido de fracaso. En la carta del 14 de junio del 39, Varela corrige al amigo: “[v]eo, por su carta, que vive V. en un error respecto de nosotros y nuestras cosas”, dice, en referencia a los emigrados de Montevideo. Se dispone a explicarle cómo es el sentir de ese primer grupo de emigrados, “...en estos tiempos en que poco más que recuerdos es permitido mandar a los ausentes” (p.212): “No sólo no se prepara, amigo mío, una reacción unitaria sino que eso es lo que más se cuida de evitar y no por hipocresía, por interés del momento, sino por pleno y franco convencimiento de la realidad de las cosas y de las necesidades de este país. Los hombres de 1828 –sin excepción [sic]– reconocen hoy abiertamente que entonces se equivocaron y no quieren, no sueñan, restablecer el sistema vencido entonces por la voluntad nacional” (p. 212).

dicotómicos. Asimismo, estas cartas son (aunque este aspecto no será abordado aquí) semillero de sus escritos, zonas de simulacro –y a veces directamente artículos– de textos que luego aparecen en la prensa.¹¹

*Un “sentimiento de ardiente amistad”: ¿cortesía reglada o ternura del amigo?*¹²

Las cartas eran una forma de expresión altamente codificada, pautada por innumerables normas sobre su estructura, sus formas de salutación y su estilo.¹³ Es difícil discernir cuánto de estas expresiones de afecto es formulaico y cuánto es cosecha personal de cada narrador. “Quiérame como le quiero yo” (p.158), pide Varela en cada despedida. “No olvide jamás a su sincerísimo amigo Flor” (p. 160), “Le quiere a V. en el alma” (p. 181), “le repito que le quiero con todo mi corazón” (p. 191), “con toda mi alma, amigo queridísimo, doi [sic] a V. el abrazo que me pide en su carta del 6” (p. 234), escribe el amigo expatriado al poeta romántico.¹⁴

El cotejo con otras cartas de la misma comunidad afectiva permite ver que estas demostraciones entre amigos varones son algo aceptado en la sociabilidad de la época,¹⁵ sobre todo entre unitarios, para quienes la expresión de las emociones es un valor de la civilización (la civilidad) y la cultura, opuestos a la tosquedad, a la falta de “urbanidad” de la barbarie

¹¹ Como propone Simone-Martin, las cartas pueden ser pensadas como borradores, zonas de preparación, de las obras luego publicadas.

¹² “Su última carta de V. me ha hecho derramar, amigo mío, algunas lágrimas de aquellas que arranca un sentimiento de ardiente amistad” (p. 190), le escribe Varela a Gutiérrez el 31 de octubre de 1835 desde Montevideo, y se refiere –inferimos– a una situación dramática de la familia del amigo.

¹³ Como han planteado varios teóricos de la epistolaridad, esta escritura posee numerosas reglas que delimitan desde su estructura hasta su estilo y sus fórmulas de respeto. Ver, al respecto: Patricia Violi, Ana María Barrenechea, Claudio Guillén, Darsy Doll Castillo, entre otros.

¹⁴ Cabría un análisis por fuera de este artículo para atender a la evolución de estas formas del afecto en la sociabilidad masculina. Podemos afirmar, *grosso modo*, que un proceso de represión de esta expresividad se ha dado asimismo en el caso de los vínculos femeninos, que a medida que avanzaba el siglo XIX fueron abandonando, por ejemplo, la práctica del beso en la boca entre mujeres. Dicha práctica aparece, por ejemplo, en una novela del Romanticismo tardío, *Margarita* (1875), de Josefina Pelliza de Sagasta: “En aquel momento la puerta del salón que daba a la galería del primer patio, se abrió y la figura esbelta y graciosa de una joven rubia como el oro y blanca como el nácar, adelantó [...], tendió su mano al primero y luego echó ambos brazos al cuello de la segunda. Margarita se puso de pie, besó a su amiga en la boca y luego le dijo:” –No te esperaba; ¡hace tanto frío, querida hermana! [...] Margarita besó de nuevo á su amiga y una sonrisa tristísima rizó sus labios” (p.80).

¹⁵ Expresiones similares pueden verse en la correspondencia entre San Martín y O’Higgins. Agradezco este dato a la historiadora Norma Alloatti.

federal.¹⁶ “Adiós, mi Estevan [sic], va a parecerme un siglo el tiempo que tarde en abrazarle” (p. 183), “Hágame V. el gusto de darle las más finas espresiones [sic] a mi amigo Daniel Torres” (p. 217), “mil cosas mui [sic] cariñosas porque no podré olvidarle desde que tuve el placer de tratarle de cerca. Un abrazo, querido Estevan [sic], de su invariable amigo amantísimo” escribe Gutiérrez cuando se despide de su admirado Echeverría; “reciba un abrazo del que lo es suyo con todo su corazón” leemos en una carta de Mitre a Gutiérrez, “disponga V. del tierno afecto de su apasionado amigo y servidor” le solicita al mismo destinatario Vicente López.¹⁷

La vida en las cartas: urgencias y encargos

Un sentido de apuro, de persona sobrepasada de obligaciones, atraviesa las 54 cartas. Varela siempre está urgido por terminar. “[N]o he tenido un momento en que poder escribir” (p. 184), “Como estoi [sic] ocupadísimo y es tarde no puedo tener el gusto de escribirle tan largo como deseaba” (p. 186), “Mis tareas me permiten escribir poco” (p. 195), se queja ante el amigo y, sin embargo, no deja de escribirle. ¿A qué esta urgencia por salirse del espacio de la carta? ¿Sería una forma velada de auto-censura, la no escritura elocuente como modo de proteger al amigo,¹⁸ temiendo que las cartas fueran interceptadas?, ¿o tan sólo una dificultad real (dadas sus muchas ocupaciones) o acaso la huella en la escritura de la estampida que supuso la proscripción? “Adiós, no hai [sic] tiempo ni para darle memoria de nadie” (p. 211), “la priesa [sic] con que escribo” (p. 246), “voi [sic] a hablarle breve porque el tiempo es

¹⁶ González Bernaldo de Quirós analiza cómo la Generación del '37 recupera –y re-semantiza– la noción de civilidad del Antiguo Régimen Francés. “La civilidad, regla de cortesía en la sociedad de corte, por la valoración de la conversación, ha permitido justamente la emergencia de una esfera pública en el ámbito privado” (p.156). Puede conjeturarse que las formas de salutación y afecto tan efusivas de estas cartas están en línea con las pautas conversacionales de civilidad.

¹⁷ Con mayor grado de cristalización pero igualmente efusivas son las fórmulas de cortesía de la época colonial: “Q.S.M.B” o “Q.B.S.M.” son las siglas para “que su mano besa y “que besa su mano” respectivamente, “su afmo” vale por “su afectísimo” y por “S.F.Q.S.” debemos interpretar “su fiel y querido servidor”.

¹⁸ Algo de esto expresa Amante, pensando en las cartas de exiliados antirrosistas, en “Correspondencias” (pp. 51- 77), del libro citado.

escaso” (p. 162), “no puedo contestar con la extensión que deseo porque siempre me falta tiempo” (p. 163). Sorprende la recurrencia: el tiempo nunca le alcanza para concluir lo empezado. La queja cobra un significado de siniestra anticipación: cinco años después de la última carta aquí recopilada, Varela es asesinado por un secuaz del General Oribe, aliado de Rosas. Contra sus fuertes esperanzas de retorno a la “suspirada patria” (p. 249), a la “nunca olvidada casita” (p. 250), es apuñalado en la puerta de su casa la noche del 20 de marzo de 1848.¹⁹

¿Y qué fue lo empezado y no concluido por “Flor”, además de su prolífica familia y sus muchos amigos?²⁰ Varela fundó y dirigió, junto a su hermano Juan Cruz, el diario *El Comercio del Plata*. Como se lee en su *Autobiografía*, durante sus primeros años en Montevideo vivió de su gabinete de abogado (el cual le permitió mantenerse sin instalarse demasiado, pues la ilusión de la caída de Rosas y el consecuente retorno a la patria latían como una posibilidad inminente). A medida que la dictadura se fue afianzando y recrudeciendo, y a medida que nacían los hijos, Florencio se afincó más y más en Montevideo. El plan de residencia prolongada lo llevó a planear, junto con sus hermanos, la creación de un diario. Para ello, necesitó (como para muchas otras cosas, según veremos) la ayuda de Gutiérrez. Surge así un pedido muy específico: ya no libros ni artículos (lo que le encarga en casi todas sus cartas) sino datos sobre alguna maquinaria de imprenta a la venta en

¹⁹ El detalle –un tanto melodramático– de su muerte es narrado por Uzal en “La noche del crimen”, de su libro *Los asesinos de Florencio Varela*. También se da cuenta de este trágico final en las primeras páginas de su *Autobiografía*, escritas por los amigos del difunto.

²⁰ Al poco tiempo de emigrar, se casa desde Montevideo a través de un poder judicial, con la joven porteña Justa Cané. Del matrimonio nacen trece hijos (entre 1832 y 1847). Una hija, Justa, muere al año de vida. Héctor Varela Cané es el primogénito y el que más aparece en estas cartas. Entre 1841 y 1842, la familia reside en Río de Janeiro porque Florencio sufría de una afección pulmonar que, según las creencias de la época, se sanaría yendo a vivir a un clima subtropical. Así se lo explica Gutiérrez a Echeverría en su carta del 21 de marzo de 1841: “Florencio nos ha tenido con mucho cuidado, se resiente del pulmón de modo que no puede alzar un brazo. Pensó en pasar al Janeiro” (p. 217, del *Epistolario*, T. 1). Durante esa estancia de poco más de un año, otro de los hijos –cuyo nombre no figura en el epistolario– queda al cuidado de Juan María, nombrado padrino del niño por los Varela Cané. Este dato es un indicador del grado de intimidad de los amigos. Respecto de la afección pulmonar de Varela y de la recomendación médica de pasar una temporada en Brasil, la eficacia de este “remedio” es tal (haya sido por sugestión del paciente o por efectos fisiológicos reales) que al poco tiempo de llegar a la capital vecina, escribe Varela: “Mi salud bien, mui [sic] bien, hace años que no me hallo tan fuerte, tan dispuesto como ahora; me parece que hai [sic] en mí un cambio notable (p. 223)”.

Buenos Aires (usada, en buen estado y a buen precio²¹) y “la minuta circunstanciada de todo lo que contenga” (p. 188):

[...] las libras de tipo de cada fundición, el número de pliegos que pueda componerse con cada una y sus últimos precios, últimos, últimos; para lo que puede servirle el expresado Beech [...]. Basta de encargos. Pongo a ellos punto final, rogando a V. que tenga la bondad de destinarles aquellos ratos que pueda a fin de expedirse pronto y que me dispense este petardo. (carta del 21 de julio de 1835, p. 188)

El envío de la maquinaria de imprenta (el cual no sabemos si se realizó o no) fue el encargo más costoso y esforzado, pero no el único. De Juan María a Florencio (en menor medida, a la inversa) el envío de libros, artículos, objetos personales ha sido constante.²²

Detengámonos un poco en el hábito de los encargos de Florencio Varela, pues son tan recurrentes en sus cartas como la queja por la falta de tiempo. En la carta del 6 de mayo de 1833, la cuarta de este epistolario, leemos: “Deseo que se tome V. el trabajo de ver si me encuentra en ésa [Bueno Aires] un ejemplar completo de Voltaire, que sea buena edición y barato. De ningún modo le tome sin avisarme antes el precio. Dispense V. la molestia” (p. 162). En la del 13 de marzo de 1834, dice: “tiene ésta por objeto suplicarle que me haga encuadernar inmediatamente y para ser devuelto en la Rosa [nombre del buque] un librito muy chiquito que lleva Andrés Somellera para entregar a V. y que es la Constitución de este estado” (p. 168). Luego agrega, “necesito un estuchito de matemática”; y concluye: “dos petardos²³ doi [sic] a V. pues sin más seguridad que su bondad espero que me dispense” (p.

²¹ Al respecto, cabe recordar el dato que brinda Félix Weinberg en torno al cierre masivo de imprentas y de diarios durante el rosismo (p. 230).

²² Era habitual entre los proscriptos y sus seres queridos en Buenos Aires el envío de objetos a través de los barcos. La envergadura de los encargos estaba en relación con el status social de quien encargaba. Ver, al respecto, el artículo de Cristina Iglesia.

²³ “Petardo” es uno de los pocos coloquialismos que usa Varela a lo largo de estas cartas, en las que predomina un registro lingüístico, aunque cálido, formal. Unas pocas expresiones se salvan de esta formalidad, y aparecen sobre todo en zonas textuales del afecto familiar. Por ejemplo, cuando escribe, henchido de amor, sobre su primogénito: “Héctor, guapo, sano, fuerte, con cuatro dientes y más hablador que lo que suponía D. Bartolo [probable referencia al amigo en común Bartolomé Mitre] que quedaría Da. Paulita *con la sopa en vino* (p. 167)”. En otra, del 30 de agosto de 1841, le envía poemas escritos por el pequeño: “Cuatro renglones solamente, querido Juan María, para incluirle la célebre composición que me ha *desenvainado* hoy el *archi-charlatán* de

| 168). En carta del 12 de agosto de 1833, hace una solicitud que, aunque no la más costosa en dinero y trabajo, sí es la más obsesivamente detallada:

Vaya ahora de petardos. Remito a V. en este paquete los tantas veces pedidos *Diarios* de Cortés y la obra de Butterweck sobre literatura castellana y portuguesa para que me los haga encuadernar. En la notita adjunta van expresados los tomos que envío de cada sesión de la de Cortés y quisiera que en los títulos del lomo se expresara ser de las *Extraordinarias* del año 21 a los siete tomos de ellas que van: lo mismo que ser del año 10 al 13 los nueve tomos de estos años. Los de las ordinarias del año 21 deben llevar solamente el título del volumen empastado que remito [...]. La encuadernación será como la de *Biblioteca* aunque es preciso que ese perro infiel apriete mucho más la costura y bata más el papel. Los lomos quisiera que se asemejasen lo más posible al del volumen en pasta que remito para modelo. El papel del forro quisiera que fuese como el de la *Biblioteca*. La encuadernación del Butterweck, lo mejor que se pueda, en media pasta. Si los cartones del forro fuesen más gruesos que los de la Biblioteca, me alegraría. **(VARELA, pp.164-65)**

La cita es extensa pero revela algo que insiste en estas cartas: el gusto casi fetichista por las encuadernaciones. Muchos de estos libros no eran para él sino para regalar o vender, por tanto, la calidad de la encuadernación era seguramente un signo de distinción de la entrega, que oficiaba casi de carta de presentación o de descriptor de la posición socio-cultural del que lo portaba. En Montevideo el acceso a los libros es muy dificultoso²⁴: acaso el amigo sabe las penurias de la distancia y sabe, también, en qué medida para Florencio la lectura y el estudio

Héctor” (p. 227). Exceptuando estas citas, el tono de Florencio suele ser grave, acorde con las condiciones de vida que atravesaba. Más proclive al registro familiar suele ser el tono de Juan Cruz Varela, quien también le ha escrito a Juan María Gutiérrez por esos años: “[M]e siento atacado por la inalterable *pachorra* de la ociosidad”, leemos en carta del 6 de marzo de 1830 (Las itálicas son mías).

²⁴ En carta del 21/1/1834, leemos sobre Montevideo: “[R]abio mucho porque este pueblo gótico indiferente y mezquino no es para apreciar producciones del entendimiento. ¿Creerá V. que en mi casa, donde cada día entran y salen diez personas distintas y con las relaciones que tengo no he podido aún vender sino la mitad de diez ejemplares que me mandó Arenales de su obra sobre el Chaco? Esto da vergüenza y sin embargo es así” (p. 166).

son dos actividades vitales²⁵: “aprovecho cuanto puedo los días en leer y estudiar los materiales históricos que traje” (VARELA, carta del 24.8.1841, p. 225); “adelanto todo lo que me es posible el examen, extractos y copias de documentos que hallo en esta Biblioteca [la de Río de Janeiro]. Impensadamente me encuentro hoy con un volumen de doscientas páginas, todas de mi letra, que contiene los extractos [sic] de documentos de la colonia” (carta del 27.11.1842, p. 251); “Poco he cosechado aquí sobre el Brasil; pero en cambio mucho, mui [sic] nuevo y mui útil sobre la Revolución de nuestra patria. Desde que se fue Pepe, trabajo diariamente algunas horas con Rivadavia” (carta del 1.4.1842, p. 241).

Los pedidos de material letrado (libros, artículos, poemas, mapas, memorias) son constantes, aunque no así su nivel de detalle, que al parecer es creciente: Varela tiene encargos cada vez más exquisitos y urgentes. “Vea si me encuentra ahí una edición de todo Shakespeare, en inglés, en un vol.; otro belga de todo Lamartine, en un vol., y otra belga también de todo Hugo, en dos vol.” (p. 213), le pide en la carta del 4 de junio de 1839. Luego, se detiene un momento a reflexionar sobre su hábito de pedir: “V., Juan María, cometió pecado en franquearme su amistad y admitir la mía, porque hasta ahora sólo le soi [sic] a V. un peso y no ligero [sic]. Ya V. ve cuánto encargo le he hecho” (p. 199). Sin embargo, rápidamente vuelve a la carga: “pues allá va otro. Deseo adquirir algunas obras históricas, filosóficas, políticas, administrativas y aún literarias, en inglés; por supuesto que sean orijinales [sic] y ediciones de Inglaterra porque las re-impresiones norteamericanas son pésimas” (carta del 1º de agosto de 1837, p. 199). Unos meses más tarde (en la carta del 17 de octubre del mismo año), tras declararle su enojo porque hace mucho que no recibe noticias de él, escribe: “Ahora solo puedo escribir los pocos renglones que mi interés exige, mi solo interés, amigo mío [...]. Necesito dos obras [...] cuando digo las obras de Heinecio, hablo de

²⁵ Esto es un rasgo común de Florencio y Juan María: ambos están abocados a la creación –a partir de la recopilación de documentos históricos– de libros sobre la patria y la Revolución de Mayo. Hacer un abordaje sincrónico de este epistolario para ver la importancia del trabajo intelectual como mecanismo de supervivencia emocional en los emigrados unitarios de la primera ola requeriría de un artículo por separado de éste.

la colección de ellas, tan completa como se pueda [...] deseo que sean en latín” (VARELA, p. 203). El encargo recurrente: que las compre, las entregue en mano a Marianito Cané y éste las envíe en el primer buque que salga para Montevideo.

Este gesto de encargar, lamentarse por hacerlo pero persistir en los pedidos, ¿supone una ambivalencia de Varela o es parte de los códigos de sociabilidad de la época? Cuanto más se lamenta y disculpa, más exigentes son los pedidos. ¿Incomodaría a Gutiérrez como nos incomoda hoy a los lectores de estas cartas? ¿Hay aquí algo abusivo, dada la admiración que le profesaba el joven Juan María?²⁶

Añorar la patria

A pesar del agravamiento de las medidas represoras de Rosas, cuanto más tiempo lleva de emigrado, más insiste Varela en soñar primero –y planear después– su regreso a la patria. Si en las primeras cartas puede verse cierta reticencia a abordar el tema,²⁷ en la carta del 22 de diciembre de 1841, leemos:

En fin, querido, días vendrán en que conversando y discutiendo, con V. y con otros, confirmaré o enmendaré, pero ensancharé siempre mis ideas. Mi esperanza en esos días no me abandonó ni aún en medio de los desastres que me anunciaron ustedes antes; esa esperanza, querido, no puede morir porque es esperanza de libertad, que como ésta tiene *her habitation in the heart*, palabras que V. conoce bien. (p. 237)²⁸

²⁶ Son varios los pasajes en los que se infiere que Gutiérrez admira enormemente al amigo emigrado. Veamos uno de ellos: “Confieso a V. que me lisonjea muchísimo ver que siempre se conserva V. entre mi familia como cuando yo estaba ahí; mi imaginación y mi espíritu trabajan cuanto es posible para persuadirme a que nada se mudará en las afecciones de todos los míos sino es su progresiva intensidad. Pero, una vez por todas, querido, cese V. de hablarme de su reconocimiento porque acabará V. por perderme haciéndome creer que soi [sic] más de lo que soi [sic] y que hize [sic] más de lo que hize [sic]” (carta del 7 de octubre de 1841, p. 228).

²⁷ En la carta 8, del 2 de enero de 1834, se lee: “Nada quiero decirle acerca de lo que V. me habla del estado de ese país; amigo querido, esa memoria marchita mi corazón y es la causa única de mis pesares. No hablemos de eso. Procure V. no perder su juventud mientras pasa el torrente de la desgracia. La mía se perdió envuelta en él” (p. 166).

²⁸ La cursiva es del original.

Un poco antes, el 24 de agosto del '41, se había despedido del amigo dando por sentado su pronto regreso a la patria: “Al Sor. Echeverría y los amigos todos mis recuerdos amistosos; espero que no romperán ustedes su unión íntima y que a mi regreso, tendré la satisfacción de verme en medio de los mismos con quienes antes partía mis ocupaciones y mis pasatiempos” (p. 227). Sin embargo, el 20 de junio del '42, recordando el 25 de mayo, Varela escribe:

[U]stedes, a lo menos, se hallaban bajo el cielo de la patria y donde podían ser comprendidos. Yo, en un país donde se ignora –literalmente es así– qué suceso recuerda el 25 de mayo [...]...yo, mi amigo, en medio de gente fría, indiferentísima a los sufrimientos de nuestra patria, que sólo juzga por los resultados que se ven, me veo realmente humillado a un punto horrible. (p. 247)

En la misma línea de añoranza y lamentos hacia Buenos Aires durante el rosismo, se lee:

¡Pobre Buenos Aires! ¿Creerá V. que el amor a esa patria infeliz crece todavía, al cabo de nueve años de ausencia, de persecución y de infortunios? ¡Pobre Buenos Aires! ¿Dónde estará trazada la línea que sirva de término a la carrera de ese hombre desbocado? ¿Cuándo se divisará? (carta del 20 de abril de 1838, VARELA, p. 207)

Unos años más tarde (en carta del 29 de noviembre de 1841), la gravedad ha aumentado:

Lúgubre es como todas las de su fecha la carta de V. del 5 en lo relativo a patria y no puede, en verdad, ser de otro modo; desastre sobre desastre, unos más graves que otros [...]. Pero, mi amigo [sic], no hai [sic] que desesperar... ¡Qué cara estamos comprando la libertad y la cultura de nuestra patria!”. (p. 233)

Es en relación con el dolor de no poder volver, creemos, que hay que leer las recalcitrantes y ácidas críticas de Varela a los discursos de inauguración del *Salón Literario* (y a todos los artículos e intervenciones de sus amigos).

El silencio de Juan María

Se va tramando así un vínculo muy particular entre los amigos. Aunque sólo dos años mayor, Varela (ya padre de familia, exiliado, abogado y periodista establecido) tiene una actitud a veces paternalista hacia Gutiérrez (soltero, aún viviendo en la casa solariega). Este paternalismo consiste en autorizarse a dar consejos desde una posición siempre moderada, racional, asertiva, y censurando todo exceso o rebeldía juvenil²⁹. En carta del 15 de marzo de 1834, Varela declara sentirse afligido por “el extravío que han sufrido en los últimos tiempos las buenas ideas y los principios del buen gusto” (p. 171). No vacila en marcarle al amigo la senda que deben seguir él y los demás jóvenes en Buenos Aires:

Manténgase V. firme: los clásicos encierran siempre la luz como el pedernal en su seno; la de los románticos es la del fósforo; hartos lamento que nuestro Thompson siga esas banderas; trabaje V. por apartarlo de ellas; hágale que se dedique a nuestros autores y a cultivar nuestra lengua; que busque lo sólido más bien que lo brillante; tiene jenio, mucho jenio; hace bellos versos y versos que no son románticos. (p. 172)

¿Será por agobio ante este paternalismo que Juan María hace un silencio de casi un año, durante el cual no le escribe al amigo exiliado, de tono cada vez más severo, nostálgico y pedigüeño³⁰? ¿O sería simplemente por falta de tiempo, absorbido por la intensidad de los

²⁹ Dicho paternalismo excluye el manejo del dinero, sobre el cual Varela, lejos de una actitud proveedora o al menos proteccionista, se la pasa encargándole cosas al amigo y no siempre se aclara –no al menos a través de este corpus– si le paga todo aquello que le encarga.

³⁰ De este silencio nos enteramos, no sólo por las fechas entre las cartas 11, 12, y 13 (del 27 de febrero, 15 de marzo y 28 de mayo de 1834, respectivamente –cartas extensas en las que Florencio se explaya en torno a las distancias entre el romanticismo y el clasicismo, y que son las piezas más conocidas de estas 54 –citadas por Weinberg en su pionero estudio sobre *El Salón Literario*) y la carta del 16 de diciembre de 1834 hay un largo silencio. Quizás a este período corresponda la pieza muy curiosa, escrita por Justa Cané y sin fecha, ubicada en otra zona del *Epistolario*, que revela que hubo un desencuentro entre los amigos, un hiato en la correspondencia: “Si yo i [sic] mi Florencio lo hubiéramos querido menos, quizás, Juan María, estaríamos un poquito resentidos con V. porque V. crelló [sic] que mi Florencio ni hizo todo lo que puedo [sic] para conseguirle [sic] el pasaporte después que estuvo combensido [sic] que V. se iba; al principio Florencio hubiera deseado que V. no se fuera porque crea V. Juan María, que Florencio es mui [sic] amigo de V. y le dolía oír [sic] que hablaran mal de V. y quizás él le habló a V. con mucho calor sobre esto, y fue la causa que usted le escribirá [sic] con más calor de lo que lo hubiera hecho si hubiera estado en más calma que cuando V. escribió a mi Florencio, pero Juan María, esto pasó y no crea V. que ni un día hemos dejado de quererlo a V. como a un hermano” (p. 258). Es llamativa esta intervención femenina, entre otras cosas, porque testimonia la poca instrucción de Justa, en un entorno en el que los errores gramaticales –masculinos– son culturalmente penalizados. De hecho, Varela le marca varios al amigo en estas cartas.

acontecimientos en Buenos Aires? En carta del 27 de febrero del '37, Varela increpa angustiosamente al amigo:

Pero ahora dígame V. porque deseo saberlo el motivo de tan largo silencio de su parte.

Yo escribí a V. varias cartas, [...] no tuve oportunidad de ver letra de V. y, por abreviar, su última carta es del mes de abril del año pasado. ¿Quiere V. hacerme el favor de decirme, con verdad, el motivo de ese silencio? (p. 197)

Luego agrega, afectuoso: “También deseo saber qué hace V., en qué ocupa su cabeza y su tiempo, qué estudia, qué trabaja y todo eso quisiera saberlo por V. mismo” (p. 197). Sin embargo, su dolor no lo frena de plasmar, una vez más, su mirada apesadumbrada y severa, casi como la de un padre decepcionado ante el descarrilamiento de su prole:

Aquí, en mi modo de ver las cosas, estoi [sic] aflijido [sic] por la suerte futura de nuestra juventud y V. mi buen amigo, es uno de los pocos en quienes confío. He visto y veo ahora mismo ejemplos que me prueban que nuestros jóvenes no sólo han errado el camino de la razón, no sólo tienen pervertido su gusto literario, sino que también van perdiendo la dignidad propia y sacrificando eso que llaman pundonor, carácter, elevación. [...] Ataque V. eso, Juan María, combata ese espíritu capaz de perder toda nuestra juventud y haga V. ese servicio a su país. (p. 197)

Quizás como consuelo por no poder estar en Buenos Aires, quizás por identificación con la generación anterior, Varela ve a los jóvenes románticos con un creciente desdén. Parece convencido de no estar perdiéndose nada interesante al no poder estar entre ellos. Imbuido de cierta solemnidad y de cierta vejez prematura (tiene sólo 30 años), las conductas y discursos de los jóvenes del *Salón Literario* (sus contemporáneos y amigos con quienes solía compartir la vida de estudiante) le parecen llenos de excesos e improvisación. Pero, además, envía otro “petardo” al amigo, quizás el más exigente de todos sus encargos: que lo represente, que frene

y atempere a los jóvenes amigos como lo haría Varela si estuviera allí (o como Varela imagina que haría si nunca se hubiese ido de la patria).

Veamos brevemente los comentarios desplegados por Varela en la carta previa al silencio de Gutiérrez. Lo primero que critica del *Salón Literario* es la escasa y heterogénea participación. Su crispación aumenta ante Alberdi: cuya presencia en el proyecto no ha de aportar nada (en visión de Varela) pues es un joven extraviado, henchido de excesivo amor propio, que “se ha apresurado muchísimo a escribir y publicar antes de estudiar” (p. 199); y además: “será mui [sic] bueno o mui [sic] malo, pero yo no puedo decidirlo porque a ecepción [sic] de la idea dominante (qe [sic] también es falsa) digo a V. con la más sincera verdad que no comprendo una sola de sus frases” (p. 200).³¹ Así, en su discurso de presentación, “[h]ai [sic], además, muchísimo de falso, de evidentemente falso” (p. 200). Sobre el discurso de Marcos Sastre, escribe haber “visto pocas cosas escritas con menos gusto y en un estilo más propio para cansar” (p. 200).

Gutiérrez parece aceptar este paternalismo. Ahora bien, la relación entre Gutiérrez y Varela, ¿es igual a lo largo de los diez años de esta correspondencia? Si el paternalismo y los rasgos hasta aquí señalados (la ansiedad ante la escasez de tiempo, los muchos encargos, la nostalgia por la patria, el desprecio hacia el *Salón Literario*) son constantes, no lo es el tono. Mientras que las primeras cartas son alegres (aparece siempre la palabra “placer”, el agradecimiento por visitas, regalos y agasajos, una marcada celebración del cariño), esta frescura dicharachera va cediendo terreno a la gravedad y al tinte melancólico. Es en el caldo de esta pesadumbre que debe leerse su defensa a ultranza del clasicismo, en desmedro del romanticismo. No hay, en verdad, diferencias conceptuales importantes entre las ideas de Gutiérrez y las de Varela: no al menos en los argumentos de Florencio en estas cartas.

³¹ Es interesante recordar aquí lo que propone Alejandro Parada al recopilar las lecturas de estos jóvenes: todos ellos –todos, incluso Varela antes de exiliarse– se nutrían de obras clásicas. No habría por qué suponer grandes diferencias en la formación intelectual entre Varela y sus amigos (pp. 29-93).

Tras esgrimir varias críticas a los jóvenes del *Salón Literario*, Varela se excusa:

Basta de esto; figúrese V. qué puede salir de una cabeza atestada de pleitos que dan asco; de leyes que forman un cahos [sic], de doctrinas que consumen la imaginación y el juicio; y qué puede dar una pluma que corre sobre el papel sin que haya tiempo ni aún para pensar lo que ella estampa. Disculpe V. el desaliño de esta carta”. (Carta del 1º de agosto de 1837, p. 202)

Otro signo de pasaje desde el tono alegre de las primeras cartas hacia el grave y prescriptivo de los años brasileiros es el reemplazo de géneros en su escritura: si al principio, Varela comparte sus poemas con Gutiérrez, con los años abandona la poesía y su “malhadada comedia” (p. 168) y se va inclinando hacia las investigaciones de documentos y relatos orales en pos de la construcción de una *Historia de la Argentina*. El cambio de género de escritura quizás se deba a que Varela nunca se ha sentido cómodo con sus producciones ficcionales.³²

El conocimiento sobre el proceso de des-colonización del continente es algo muy valorado por Varela: fundar una bibliografía americana es una misión asumida como urgente y personal, estrechamente ligada a la lucha contra el tirano.³³ Varela se carga al hombro la tarea de redactar una historia de la Revolución de Mayo: esto tiene el beneficio personal de dar sentido a su paso por esa ciudad pero también es un modo de rescatar a sus antecesores revolucionarios y legitimar su antirrosismo.

³² Veamos algunos ejemplos de esta incomodidad: “Mal hace V., querido, en alimentar la esperanza de gozar mucho, ni aun poco, con la lectura de mi comedia, no porque deje V. de leerla sino porque no es ella una pieza capaz de deleitar ni aun de desterrar el malhumor. No, amigo mío, y mucho me temo que muera sin ver la luz, aunque siempre será después que V. la conozca (carta del 28 de mayo de 1834, p. 173). El año anterior, a propósito de unos poemas que les ha enviado a Thompson y a Gutiérrez, escribe: “Mentiría si dijese que no estoy [sic] contento con el juicio que V. y Thompson formaron de mis versos *soit faiblesse ou raison*, creo que no son los peores que he hecho, aunque tampoco les dé gran estimación” (p. 162). Un mes antes, al enviarles estos poemas, había confesado al amigo: “he escrito versos, pobres versos sobre los que espero el juicio de V. y de Thompson” (carta del 9 de abril de 1833, p. 160).

³³ Myers explica este gesto fundacional (el arrogarse el peso –o el honor– de fundar una literatura para la Nación (es decir, por ese entonces y para estos jóvenes, para la provincia de Buenos Aires): “los escritores de esta generación “desarrollaron un programa cuyo punto de partida era la inexistencia previa de una literatura auténticamente nacional” (p. 307).

Conclusiones: una orilla de la amistad

Como tantos otros emigrados del mundo y de la historia, Varela parece tener –según se lee en sus cartas– dos refugios para sobrellevar su proscripción: los afectos y la escritura. Los afectos se reparten entre los que están con él (su esposa, sus numerosos hijos y hermanos), más la familia de Buenos Aires y los amigos de ambas orillas. Tanto con la escritura como con los afectos –o, mejor dicho, en la trama que sustenta a ambos– está muy presente Juan María Gutiérrez.

Borradores de ensayos a publicar en la prensa, gestiones políticas, negocios, proyectos de libros fundacionales, planificación de mudanzas, nuevas amistades, amores, peleas, catarsis de dolencias físicas y del alma: para todo esto servían las cartas de los proscriptos. Durante la dictadura rosista en la Argentina (1829-1852), la carta fue el medio material a través del cual se ejercían y cohesionaban las esferas de socialización que sostenían las vidas dispersas en el exilio. Mucho queda por analizar de este riquísimo corpus del Archivo de Gutiérrez. Por suerte, como plantea Lila Caimari, “[l]a mejor cosecha de archivo es la que admite un margen amplio para las fugas, la que encuentra lugares para lo que no funciona del todo o no funciona todavía, o funciona por fuera de la razón que lo sacó del olvido” (p. 85).

Bibliografía

AMANTE, Adriana. *Poéticas y políticas del destierro. Argentinos en Brasil en la época de Rosas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010.

Archivo del Doctor Juan María Gutiérrez. Epistolario. Tomo 1. Ed. Raúl Moglia y Miguel García. Buenos Aires: Biblioteca del Congreso de la Nación, 1979.

BARRENECHEA, Ana María. “La epístola y su naturaleza genérica”. *Dispositio* N° 15, vol. 39, 51-65. 1990.

CAIMARI, Lila. *La vida en el archivo. Goces, tedios y desvíos en el oficio de la historia*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2017.

CHARTIER, Roger. “Los secretarios. Modelos y prácticas epistolares”. *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza, 1993.

CASTILLO, Darsie Doll. “La carta privada como práctica discursiva. Algunos rasgos característicos”. *Signos*, N° 35, vols. 51-52, (2002): 33-57.

GONZÁLEZ BERNALDO DE QUIRÓS, Pilar. *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2008.

GUILLÉN, Claudio. “El pacto epistolar: las cartas como ficciones”. *Revista de Occidente* N° 197 (1997): 76-98.

IGLESIA, Cristina. “Contingencias de la intimidad; reconstrucción epistolar de la familia en el exilio”. *Historia de la vida privada en la Argentina*. Tomo 1. *País antiguo. De la colonia a 1870*. Eds. Fernando Devoto y Marta Madero. Buenos Aires: Taurus, 1999.

MYERS, Jorge. “‘Aquí nadie vive de las bellas letras’. Literatura e ideas desde el Salón Literario a la Organización Nacional”. *Historia crítica de la literatura argentina*. Vol. II. *La lucha de los lenguajes*. Buenos Aires Emecé 2003.

PARADA, Alejandro. *Los libros en la época del Salón Literario. El Catálogo de la Librería*

- Argentina de Marcos Sastre (1835)*. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras, 2008.
- PELLIZA DE SAGASTA, Josefina. *Margarita. Novela original (1875)*. Ed. crítica Natalia Crespo. Buenos Aires: Teseo, 2016.
- PELUFFO, Ana. *En clave emocional. Cultura y afecto en América Latina*. Buenos Aires: Prometeo, 2016.
- ROJAS, Ricardo. *Historia de la literatura argentina*. Buenos Aires: Kraft, 1957.
- SIMON-MARTIN, Meritxell. "Barbara Leigh Smith Bodichon's Travel Letters: Performative Identity-Formation in Epistolary Narratives." *Women's History Review*. En línea: DOI: 10.1080/09612025.2012.726112. Consultado el 21/10/2017
- UZAL, Francisco Hipólito. *Los asesinos de Florencio Varela*. Buenos Aires: Moharra, 1971.
- VARELA, Florencio. *Autobiografía de D. Florencio Varela, natural de Buenos-Ayres, redactor de "El Comercio del Plata"*. Montevideo: s/ed., 1848. En línea: [https://iiif.lib.harvard.edu/manifests/view/drs:2588013\\$1i](https://iiif.lib.harvard.edu/manifests/view/drs:2588013$1i) <21/10/2017>
- VIOLI, PATRICIA. *El infinito singular*. Madrid: Cátedra, 1991.
- VILASECA, Clara (ed. y comp.). *Cartas de Mariquita Sánchez*. Buenos Aires: Peuser, 1952.
- WEINBERG, Félix. "La época de Rosas. El romanticismo". *Historia de la literatura argentina*. Tomo 1. *Desde la colonia hasta el Romanticismo*. Centro Editor de América Latina: Buenos Aires, 1985. pp. 216-240.
- ZANETTI, Susana. *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2002.